

pueden remediarlos. Como esos individuos no tratan de mejorarse a sí propios, pretenden muchas veces reformar la estructura social. No comprenden que sea el que fuere el molde nuevo en que se vacie la sociedad, seguirán siendo fracasados si no se reforman radicalmente a sí mismos. Del otro lado se agrupan los que se sienten capaces de desenvolver su personalidad y lograr la competencia y la superioridad. Y esos son los que, después de apagarse el ruido de los tumultos, llevan sobre sus hombros, confiados, el peso de la sociedad, sea cualquiera la forma en que ésta se organice.

La trágica verdad es que por años y años nuestra civilización ha venido fomentando en el hombre la doctrina de su propia incapacidad de reforma y, lo que es peor aún: ha venido sosteniéndolo en la funesta actitud de rehuir toda responsabilidad personal en el sesgo de los asuntos públicos. Todos los días se oye decir: «Que se ocupe el Estado de remediar los males sociales». «Que el Gobierno se encargue de buscarle empleo a todo el mundo».

Y por eso vemos hoy convertida en una verdadera superstición colectiva la creencia de que basta votar una ley contra el desempleo, para que éste cese como por ensalmo. Lo cual es falso de toda falsedad. Los empleos no brotan al conjuro de un derecho escrito ni de un prin-